

filosofía para convencerse a sí mismos de que realizaban obra meritoria ante los ojos de Dios?... En su afán de salvar las almas no dudaban en martirizar los cuerpos, llegando a los extremos límites del refinamiento en la crueldad. ¡Cuántas mentes se desequilibraron entonces, cuántas óptimas energías se aniquilaron para mayor gloria de Dios!

En aquella época se conocieron los horrores de la brujería con sus exóticas escenas, que llegaban a resumirse en los aquelarres del sábado, y coincidió también en aquel entonces la aparición de los posesos, cuya consecuencia fué el exorcismo con su imponente aparato escénico, que organizaban con fruición las diferentes órdenes eclesiásticas. ¿Y quién puede negar que los tiempos medioevales fueron prósperos en el florecimiento filosófico?... Puedes, pues, ¡oh, gran encubridora del desbarajuste humano!, vanagloriarte de haber dado muerte al paganismo y de haber hecho resurgir de sus restos la panacea universal del cristianismo, que vino a dulcificar las costumbres y a predicar la paz entre los hombres. Después del desenfreno sensualista a que se entregaban los groseros epicúreos, los primitivos cristianos, en su sencillez humana, parecían venir a amortiguar las pasiones y a hacer que éstas jamás se volvieran a manifestar como brutales imposiciones, sino que habían de quedar reducidas a sus justos límites de placentera naturalidad. Pero al correr de los tiempos volvió el desquiciamiento de los sanos principios, y cuando llegó el furor de la persecución victoriana se hubiera preferido sin duda aquella feliz edad de las bacanales en que se moría gozosamente en el regodeo de todas las pasiones, ya fueran éstas bajas o sublimes.

Así, pues, al correr de veinte siglos el cristianismo no ha servido ni de cataplasma a los dolores humanos, sino que ha recrudecido aún más, con la hipocresía que ha extendido en el mundo, la herida profunda y ancha de que se ve aquejada la triste humanidad, a causa precisamente de la falsa posición que ocupa en la evolución del universo, por mor de las desviaciones a que la ha condenado el orgullo fantástico del espíritu filosófico. ¡Si a lo menos este hubiera aprendido la virtud de la tolerancia! Pero no, que lleva en su seno el odio sectario, y si consiente nuestras ideas es mientras éstas no atacan ni constituyen un peligro serio para los principios que sustentan la sociedad y a los cuales es forzoso obedecer so pena de caer en los rigores de la ley que regula las punitivas. No puede negarse la evidencia de que «el sagrado de la conciencia» es uno de tantos sofismas que manejan los religiosos para mejor poner en práctica sus aviesas intenciones. Y constatamos a la par que los representantes del poder son siempre los mismos, inspirándose en el odio, reviviendo el pasado tenebroso. Quisieran organizar una sistemática represalia contra la rebeldía y algunos llevan su furor más allá de la ley del talión, que sólo pedía ojo por ojo y diente por diente. La veracidad de tal aserto, sin aducir pruebas de menor cuantía, que abundan, está en las recientes tropelías que periódicamente se efectúan en cárceles y presidios y, remontándose un poco más en el tiempo, en los martirios de la «Mano Negra», Montjuich y Alcalá del Valle.

Es cierto que el pueblo también ha cometido sus excesos en las sucesivas sublevaciones que ha realizado, y buen recuerdo aduce la Revolución francesa sobre el odio acumulado y la venganza contenida por las continuas predicas de los religiosos, que con el tema de la resignación en este valle de lágrimas y las recompensas o castigos eternos, han procurado en todos tiempos domeñar a los pobres de espíritu, siempre dispuestos a la obediencia y sujetos al yugo del duro laborar, para que los amos y los señores se complazcan en todas las concupiscencias y continúen detentando la común riqueza.

Si reconocemos los desmanes populares, es forzoso también ver la disculpa que tienen. Las castas privilegiadas han dominado omnimodamente. No es extraño, pues, que siendo las acaparadoras y dispensadoras de la instrucción hayan procurado hacer servir ambas afirmaciones progresivas a

sus fines particulares de dominación. «Quien siembra vientos, recoge tempestades», y el embrutecimiento de las masas es la consecuencia de las enseñanzas que han recibido. De todos modos, el pueblo, y aun el populacho, que siempre trabaja y pena, que mantiene la producción, que abre de continuo nuevas fuentes de vida, es mucho más digno de respeto y alabanza que los innumerables parásitos que, a mandíbula batiente, se disputan lo mejor del festín de la vida, dejando al paria resignado las migajas o nauseabundos restos de su sibarítica glotonería. Y aún se atreven a hablarnos de justicia eterna... ¿Qué cualidades tendrá ésta y cómo se realizará?... Esto es lo que no nos dicen estos célebres privilegiados. Aguardemos, pues, a que el maná descienda hacia nosotros.

Y llegamos a las conclusiones, a la comparación entre nuestro valor humano y el de que blasonan los moralistas. Nosotros, anarquistas, que no vamos armados de puñales, que no queremos la destrucción del mundo ni nos comemos los niños crudos, como cree el vulgo ignaro, sino que nos concretamos a odiar y combatir la autoridad, no perseguimos otro fin que la común felicidad. Con esta idea, utópica para los más piadosos en juzgarnos, están conformes todos los humanos, pero su sectarismo odioso les impide aceptar nuestros principios. Declaramos la verdad latente en nuestros sentimientos. Si pudiésemos realizar la sociedad que explanamos teóricamente en nuestra propaganda, la libertad pasaría de quimera a realidad tangente. Todos serían libres en su pensamiento y todos podrían propagarlo sin restricciones tiránicas. No temeríamos funestas reacciones, puesto que en una colectividad razonable es de suponer que siempre habrá de prevalecer el buen acuerdo. Realizaríamos, pues, la verdadera justicia, que se basaría en la ayuda mutua, o sea en la esencia misma de la vida humana, sin la cual no podría desenvolverse ésta. La razón, iluminada por la ciencia, sería la inspiradora de las acciones sociales y no podría jamás tacharse de error lo que en todo momento y ocasión pudiera comprobarse por el análisis personal. Al alcance universal estarían los mismos medios de investigación, con lo que se acabarían todas las particulares extravagancias mentales. La ciencia infusa de los doctos universitarios moriría para siempre, y con ella los embrollos sofisticos, que, aparejados con los egoísmos de clase o de partido, han constituido hasta la fecha una de las causas esenciales de las calamidades sociales. La verdad, pues, podría así brillar para todos, porque su interpretación quedaría simplemente reducida al análisis puramente científico, a las experiencias de laboratorio, que ya por la educación primaria estarían al alcance de todas las inteligencias cuidadosamente cultivadas. Son, pues, sencillos nuestros métodos evolutivos, y el principio de nuestra organización social eminentemente armónico, pues no pedimos más sino que todos los humanos sean útiles productores; que todos se unan para la común riqueza y que cada uno sea autónomo en el disfrute de su parte, siendo así el trabajo y el consumo la alegría y el bienestar de todos.

Esta es nuestra justicia ¡oh, eternos justicieros!, y si sois incapaces de destruir nuestros sanos razonamientos con vuestros argumentos de ultratumba, quedará bien patente la eficacia de la teoría anarquista, pues ella seguirá siendo el más firme baluarte del progreso humano.

Costa-Iscar

Todo hombre puede ser tu colaborador; pero ninguno tu director, absolutamente ninguno, ni el mejor, ni el más sabio, ni el más elocuente, ni el más valiente; porque aunque reuniera en sumo grado todas esas cualidades juntas, siempre sería inferior a la totalidad de sus dirigidos, y forzosamente habría de ser un tirano.

Lo que se concibe como una verdad y una justicia y para serio ha de restringirse a un tiempo y a un país determinados es una mentira y una injusticia.

Anselmo Lorenzo

Honoremos al héroe

En la sociedad actual, llena de abrojos para los que nacen de familias honradas, esto es, laboriosas, elevar su intelectualidad al extremo que los adversarios le concedan el título de *ilustrado* sin regateos, y con el saber que esto supone llegar a viejo y morir honrado; haber luchado contra todos los prejuicios, contra todos los convencionalismos; sostenerse cerca de medio siglo con la minoría, apenas perceptible en el conjunto social, siempre perseguido, siempre vejado, siempre caminando y trabajando por el bien general; ser esclavo por liberar la Humanidad; pasar miserias y sufrir atropellos por querer llegar a que todos se respeten, gocen y se amen, esta labor, quien la ejecute bien merece el título de héroe, y no agregamos de mártir porque no faltará quien por este merecido homenaje a la constancia, la virtud y lealtad, nos califique de atávicos religiosos.

Y si el recordar las víctimas a sus victimarios, enaltecer sus virtudes, demostrar simpatía a los buenos es un atavismo religioso, yo me enorgullezco de no desprenderme de este atavismo.

Orgullosos de este defecto, reitero hoy mi saludo al ser honrado, al que considero difícil reemplazar, al inolvidable Anselmo Lorenzo.

Y porque hombres como él se merecen todos mis aplausos y conservan todas mis simpatías, no he podido negarme, aun reconocida mi incapacidad, a asociar mi firma a las demás que enriquecen este número y que honran al maestro.

Pero, créanme, nunca me he visto más perplejo que ahora para salir del atolladero de cumplir mi palabra.

Porque ¿qué puedo decir sobre nuestro honorificado que los lectores ignoren y que otros no hagan con más brillantez?

Dos semanas que trabaja mi cabeza para saber lo que voy a decir y cómo lo voy a decir, pero no me encuentro más avanzado que hace quince días. Dos semanas que diariamente cojo la pluma, la mojo; pero no quiero ensuciar el papel. ¡Ni una idea, ni una palabra se viene a mi imaginación!

Pero soy de los que no faltan a la palabra si fuerza mayor no lo impide. No se puede dilatar por más tiempo el cumplimentarla, y salga con barbas o sin ellas, debo empezarle... ¿Pero por dónde?

Lo mejor que puede hacerse para honrar a un anarquista, y un anarquista como Lorenzo, es procurar imitarle en su conducta; ser, sino tan inteligente, tan activo, tan constante y tan sincero; propagar en todas formas las ideas que algún día harán la redención de la Humanidad.

Porque no cabe duda que la tranquilidad de la sociedad, la regeneración de la especie humana están en el reinado de la Paz y la Fraternidad, en la garantía de la Vida, en el disfrute de la Libertad.

En el fondo, todos los seres quieren la Anarquía, nadie quiere ser explotado ni dominado por otro, todos quisieran que se viviera bien; pero como la desconocen o su mentalidad no está capacitada para concebir la posibilidad de su triunfo y de su magnificencia, la tergiversan, la calumnian y odian, detestan y persiguen a sus propagadores.

Se ha visto que las religiones en nada han mejorado la situación del pueblo. Los pueblos más religiosos son los más ignorantes y miserables y los más retrasados.

Se ha visto que los gobiernos, sean absolutistas, constitucionales, democráticos, republicanos u obreros, sólo han servido para defender los privilegios de los expoliadores del productor. Y no se nos diga que no han existido gobiernos obreros, porque ahí está Australia que nos confirma en nuestras ideas antibuenaeramentales, que ha querido suprimir el derecho de huelga sin suprimir al explotador y que ha perseguido, multado y encarcelado a los huelguistas. Y es que el gobierno sólo tiene un fin: sostener la desigualdad.

Suponer que un día los obreros, que son la mayoría y que ningún motivo tienen para guardar consideraciones a la socie-

dad se disponen a pasarse sin explotadores y dominadores y dar el pasaporte a sus amos y a todas las autoridades; que ellos organizan la producción y el consumo en beneficio común de forma que nadie carezca de nada; que la sociedad posea, al contrario de hoy, que muchos sufren necesidades que en los almacenes se pudre con qué satisfacerlas. En esta sociedad, ¿qué papel haría un gobierno? Este monstruo no tendría razón de existir y no existiría.

¿Que habría vagos, ladrones? Hoy, dada la mentalidad actual, la Anarquía no puede pasar de una aspiración, pero hacia ella caminamos y a ella llegará un día la Humanidad.

Cuando esto llegue, la mentalidad humana habrá sufrido un gran desarrollo, estará capacitada para gozar de la Libertad, y en ese estado, el trabajo, que es un castigo por su pesadez y duración, será un placer por sus condiciones y sencillez, y como es una necesidad el ejercitar los nervios como el alimentarse, por su propio bien todos querrán producir. En cuanto a los ladrones, cuando todos tengan garantido el derecho de vida, ¿quién tendrá el mal gusto de robar? Hoy se roba por la inseguridad de la vida y porque el que más posee más garantía la tiene mañana. En la sociedad anarquista, que todos la tendrán asegurada, no habrá ningún loco que sabiendo que tendrá calzado siempre, lleve un par de botas para los pies y otro para las narices.

El individuo será completamente libre hasta para suicidarse; pero la vida será tan plácida, que todos procurarán hacerla interminable.

Ante todo, los seres serán razonables, y como la producción exige asociaciones y combinaciones mil, los seres serán sociales y sin menoscabo de la libertad individual sabrán administrar, efectuar la producción y el consumo.

¿Que uno quiere vivir solo, sin relación con los demás? Allí él, nadie se lo impedirá; pero se convencerá pronto de que la vida aislada carece de comodidades y de placeres.

La maquinaria puede llegar a inutilizar los oficios o suprimir el aprendizaje, abolir los profesionales, pero no puede llegar a hacer innecesaria la asociación para producir.

La asociación, el apoyo mutuo es una necesidad imprescindible, y ella tomará más alcance a medida que la sociedad se perfeccione. Los que confunden la libertad con el aislamiento individual, son mentalidades defectuosas, delirantes que no conciben la libertad y la vida.

Las necesidades humanas no se cubren con lirismos; requieren una organización de la producción, y esta organización no será una imposición, sino una libre asociación de voluntades. Y esta administración estará muy lejos de constituir una autoridad, como no la constituye en la familia restringida de hoy, la mujer que la administra.

El individuo produce más que para sí y no produce para sí. Produce más que para sí porque su producción, en el conjunto, supera a sus necesidades individuales, y no produce para sí porque sus necesidades son variadas, exigen productos diferentes que él solo no puede producir.

Y lo mismo ocurre en la Naturaleza. Cada país produce con exceso para sus habitantes, pero no produce de toda clase de materias, requieren el cambio. He aquí por qué entre otras causas, la sociedad anarquista exigirá como garantía de la Vida, de la Paz y de la Libertad, la organización y administración de la producción.

Hoy se vive, se lucha mejor dicho, uno contra todos o todos contra todos; en la sociedad anarquista se luchará todos para todos. El apoyo mutuo o la solidaridad serán las corrientes más poderosas que unan a los humanos.

Todos dichosos, todos libres, y por ende una regeneración se operará en la misma naturaleza humana.

Abolidas las clases y con prevención por las razas, los cruces de sexos regenerarán los cuerpos.

La tuberculosis y otras plagas irán desapareciendo; los seres serán más fuertes, la vida más larga.

El Paraíso que los religiosos sueñan para después de muer-